

Mary Read

Daniel Defoe





<https://cuentosinfantiles.top>

Vida de Mary Read

Ahora debemos abordar una historia llena de vicisitudes y aventuras sorprendentes; me refiero a las de Mary Read y Anne Bonny, alias Bonn, que así se llamaban en realidad estas dos piratas; las peripecias de sus azarosas vidas son tan singulares que alguien podría sentirse inclinado a creer que la historia entera no es otra cosa que novela y fábula; pero puesto que está sostenida por miles de testigos —me refiero al pueblo de Jamaica—, que estuvieron presentes en los juicios y oyeron el relato de sus vidas tras el descubrimiento de su sexo, no es posible poner en duda su veracidad, como tampoco que hubo hombres en el mundo como Roberts o Barbanegra, que fueron piratas.

Mary Read nació en Inglaterra; su madre se había casado joven con un hombre de la mar que emprendió viaje poco después de su matrimonio dejándola preñada; más tarde dio a luz un niño. Mary Read no llegó a saber nunca si su padre naufragó o murió durante ese último viaje; el hecho es que no regresó; en

cuanto a la madre, que era joven y alegre, tuvo un desliz de esos que a menudo acontecen a las muchachas que no son precavidas, consistente en que quedó preñada otra vez, pero sin un marido al que atribuir la paternidad; aunque nadie más que ella sabía cómo ni con quién, porque tenía bastante buena reputación entre sus vecinos. Viendo que le aumentaba la preñez, y con objeto de ocultar su vergüenza, se despidió formalmente de los parientes de su marido, diciendo que se iba a vivir al campo con unos amigos. Se marchó, llevándose consigo al niño, que por entonces no tenía aún el año: poco después de su marcha murió el niño; pero la Providencia, en compensación, tuvo a bien concederle una niña en su lugar, a la que dio a luz felizmente en su retiro; y ésta niña fue nuestra Mary Read.

Aquí vivió la madre tres o cuatro años, hasta que se le acabó el dinero. Entonces pensó volver a Londres, y dado que la madre de su marido gozaba de cierta posición, no dudaba en convencerla de que proveyese para la criatura, si conseguía hacerla pasar por la

misma, aunque cambiar un niño por una niña parecía empresa difícil, y engañar a una vieja con experiencia en este extremo completamente imposible. Sin embargo, la vistió de niño, la llevó a la capital, y se la presentó a su suegra como el hijo de su esposo. La anciana quiso tomarlo y criarlo, pero la madre pretextó que esta separación le destrozaría a ella el corazón; así que acordaron que la criatura viviría con la madre, y la supuesta abuela le pasaría una corona a la semana para su manutención.

De esta manera, la madre se salió con la suya, crió a su hija como un niño, y cuando alcanzó algún conocimiento, juzgó conveniente confiarle el secreto de su nacimiento para inducirla a ocultar su sexo. Y ocurrió que después murió su abuela, con lo que cesó el medio de subsistencia que provenía de esa fuente, y se vieron cada vez más hundidas en la estrechez; y la madre no tuvo más remedio que desprenderse de su hija para que fuese a servir a una dama francesa, en calidad de lacayo, cuando contaba trece años de edad. No duró

mucho aquí, porque al crecer se hizo atrevida y fuerte, y también de espíritu aventurero, así que se enroló en un buque de guerra, donde sirvió algún tiempo. Después desembarcó y se marchó a Flandes, se alistó como cadete en un regimiento de infantería, y aunque en todas las acciones demostró gran bravura, no obtuvo ningún ascenso, ya que éstos se compraban y vendían por lo general; así que abandonó el servicio, y se alistó en un regimiento de caballería. Aquí se portó tan bien en varios combates que se ganó la estima de sus oficiales. Pero ocurrió que tenía de camarada a un tal Fleming, un joven apuesto, y se enamoró de él; y a partir de entonces se volvió algo descuidada respecto de su deber: al parecer era incapaz de servir a la vez a Marte y a Venus; su arma y su equipo, que siempre había mantenido en perfecto estado, estaban completamente sucios y abandonados; pero es cierto que cuando a su camarada le ordenaban partir con un grupo solía ir ella también sin que se lo ordenasen, y a menudo se metía en el peligro sin que nadie la llamase, sólo para estar cerca de él; el resto de los soldados, que no

sospechaban cuál era la secreta causa que la movía a conducirse de este modo creían que estaba loco, y su propio compañero no se explicaba tampoco su extraño cambio. Pero el amor es ingenioso, y como dormían en la misma tienda y estaban constantemente juntos, encontró el medio de dejarle descubrir su sexo sin que pareciese que lo hacía a propósito.

El joven se quedó muy sorprendido ante el descubrimiento, y no poco complacido, dando por supuesto que tendría una amante para él solo, lo que es algo insólito en un campamento, ya que apenas existe una de esas damas de campaña que sean fieles a una tropa o una compañía. De manera que no pensó en otra cosa que en satisfacer sus pasiones con muy poca ceremonia. Pero aquí descubrió que estaba completamente equivocado; porque ella se mostró muy reservada y modesta, y resistió todas sus insistencias; pero a la vez era tan servicial, y persuasiva en su persona, que le hizo cambiar completamente de propósito; y

de querer hacerla su concubina, luego la pretendió como esposa.

Eso era lo que Mary Read más deseaba en su corazón. Y resumiendo, intercambiaron promesas, y cuando acabó la campaña, y el regimiento se retiró a su cuartel de invierno, compraron un vestido de mujer para ella con el dinero de los dos, y se casaron públicamente.

La historia del casamiento de los dos soldados produjo gran revuelo; tanto que varios oficiales, movidos por la curiosidad, asistieron a la ceremonia, y acordaron hacer un pequeño regalo a la novia, para la casa, en consideración a que había sido compañera de armas. Así unidos, los dos mostraron deseos de dejar el servicio, y establecerse en el mundo; la aventura de su amor y matrimonio les había granjeado tanto favor que fácilmente obtuvieron la licencia, y abrieron un figón u hostería, con la enseña de Las Tres Herraduras, cerca del castillo de Breda, que no tardó en convertirse en un gran negocio, ya que muchos oficiales iban a comer allí a diario.

Pero no duró mucho esta felicidad, porque al poco tiempo murió el marido y, firmada la Paz de Ryswick, se acabó la concurrencia de oficiales en Breda, como había sido la costumbre, por lo que la viuda, al encontrarse con poco o ningún negocio, se vio obligada a vender el figón. Y tras consumir poco a poco su peculio, adoptó de nuevo la indumentaria de hombre, y se fue a Holanda, donde se alistó en un regimiento de infantería acuartelado en uno de los pueblos fronterizos. No permaneció aquí mucho tiempo, ya que no había probabilidades de promoción en tiempo de paz, así que tomó la resolución de buscar fortuna de otra manera; abandonó el regimiento, y embarcó en una nave con destino a las Indias Occidentales.

Y ocurrió que apresaron este barco unos piratas ingleses, y como Mary Read era la única persona inglesa a bordo, la retuvieron con ellos; y tras saquear el barco, lo soltaron otra vez. Después de seguir este negocio algún tiempo, se hizo público el edicto del Rey, y se difundió en todas partes de las Indias Occidentales, perdonando a los piratas que

voluntariamente se entregasen, hasta determinado día que en él se mencionaba. La tripulación de Mary Read se acogió al beneficio de este decreto; y tras entregarse, vivieron pacíficamente en la costa. Pero cuando empezó a escasearles el dinero, y oyeron que el capitán Woddes Rogers, gobernador de la isla de Providence, estaba armando algunos corsarios para combatir a los españoles, ella y varios otros embarcaron hacia dicha isla, a fin de emprender el negocio del corso, y dispuestos a hacer fortuna de una manera o de otra.

No bien se hicieron a la mar estos corsarios, las tripulaciones de algunos de ellos, que habían sido perdonadas, volvieron a su antigua profesión; y entre éstas se encontraba Mary Read. Es cierto que dijo muchas veces que siempre había detestado la vida de pirata, y que sólo se había metido en ella, esta vez y antes, por necesidad, con intención de dejarla en cuanto se le presentase una buena ocasión; sin embargo, durante su juicio hubo algunos testigos, hombres forzados que habían navegado con ella, que declararon bajo

juramento que, en tiempo de acción, nadie se mostraba más decidido y dispuesto al abordaje, ni a lanzarse a la hazaña arriesgada, que ella y Anne Bonny; y sobre todo cuando fue abordada y apresada esta tripulación; porque al arrimarles el costado, nadie permaneció en cubierta, salvo Mary Read, Anne Bonny, y otro; y que ella, Mary Read, gritó a los que estaban abajo que subiesen y luchasen como hombres, y al ver que nadie se movía, disparó sus armas a la bodega, sobre ellos, matando a uno e hiriendo a varios.

Éste fue uno de los testimonios contra ella, que Mary negó. Verdad o no, lo cierto es que no carecía de bravura, ni era su modestia menos extraordinaria, según sus nociones de virtud; porque ninguna persona sospechó su sexo a bordo hasta que Anne Bonny, que no era tan reservada en punto a castidad, puso sus ojos en ella. Quiero decir, que Anne Bonny la tomó por un apuesto joven y por alguna razón descubrió primero su sexo a Mary Read. Al darse cuenta Mary Read de sus intenciones, y comprendiendo muy bien su propia

incapacidad en este sentido, se vio obligada a sincerarse con ella. Y así, para gran desencanto de Anne Bonny, le hizo saber que era mujer también; pero esta intimidad trastornó de tal modo al capitán Rackam, que era amante y galán de Anne Bonny, que se puso enormemente celoso, de forma que le dijo a Anne Bonny que le iba a cortar el cuello a su nuevo amante; por lo que, para tranquilizarlo, le tuvo que revelar también el secreto.

El capitán Rackam (como le pidieron) guardó el secreto ante toda la compañía del barco; sin embargo, a pesar de la habilidad y reserva de ella, el amor la sorprendió en este disfraz, y le impidió olvidar su sexo. En el viaje apresaron gran número de barcos de Jamaica y otras partes de las Indias Occidentales que iban y venían de Inglaterra; y cada vez que topaban con un experto en navegación o cualquier otro que pudiese ser de utilidad para la compañía, si no se unía a ellos de grado, era costumbre retenerlo por la fuerza. Y entre éstos estaba un joven de muy atractivos modales, y muy agraciado, al menos a los ojos de Mary Read, y

de tal manera se prendó de su persona y discreción que ya no encontró descanso ni de día ni de noche; pero como nada hay más ingenioso que el amor, no fue difícil para ella, que había practicado antes tales argucias, encontrar el medio de hacerle descubrir su sexo: primero se insinuó para agradarle, hablando contra la vida de pirata, de la que era completamente enemiga, de forma que se hicieron compañeros de rancho y estrechos camaradas; cuando ella entendió que le había cobrado afecto como hombre, permitió que hiciese el descubrimiento mostrándole tranquilamente los pechos, que eran muy blancos.

El joven, que estaba hecho de carne y hueso, sintió crecer la curiosidad y el deseo a tal punto que no dejó de importunarla, hasta que ella le confesó lo que era. Aquí se inició la etapa de amor: y el cariño y simpatía que sentía por ella bajo su supuesta personalidad se convirtió ahora en afecto vehemente y deseo. La pasión de ella no era menos violenta, y la demostró con una de las acciones más generosas que

jamás haya inspirado el amor. Ocurrió que este joven tuvo una disputa con uno de los piratas, y dado que el barco estaba fondeado cerca de una isla, acordaron bajar a tierra a luchar conforme a la costumbre pirata: Mary Read se sintió angustiada y ansiosa hasta el último grado por la suerte de su amante: no le habría permitido que rechazara el desafío, porque no habría soportado la idea de que lo tachasen de cobarde; pero por otro lado, le asustaba el desenlace, y comprendía que el otro podía ser demasiado fuerte para él. Una vez que entra el amor en el pecho de quien tiene una chispa de generosidad, mueve al corazón a las más nobles acciones; en este dilema, Mary Read demostró que temía más por la vida de él que por la suya propia; porque tomó la resolución de ser ella la que se enfrentase con este sujeto, y desafiándolo a bajar a tierra, concertó el combate dos horas antes del que tenía con su amante, luchó a espada y pistola, y lo mató.

Es cierto que había peleado antes, cuando la había insultado alguno de sus compañeros; pero ahora se trataba de la causa de su

amante, así que se interpuso entre él y la muerte, por así decir, como si no pudiese vivir sin él. De no haber sentido por ella un gran cariño antes, esta acción le habría ganado para siempre; pero no había necesidad de compromisos y obligaciones, dado que su afecto por ella era suficiente. En conclusión, se dieron mutua promesa de esposos, lo que para la conciencia de Mary Read dio tanta validez al matrimonio como el efectuado por un ministro de la iglesia. Y a esto se debió la avanzada preñez que alegó en el juicio para salvar su vida.

Declaró que jamás había cometido adulterio ni fornicación con ningún hombre, alabó la justicia del tribunal que la juzgaba por distinguir la naturaleza de sus crímenes, y absolver a su esposo, como ella lo llamaba, junto a varios otros; y al preguntársele quién era, no lo quiso decir, aunque afirmó que se trataba de un hombre honesto que no tenía inclinación a tales prácticas, y que ambos habían decidido abandonar a los piratas a la

primera ocasión, y dedicarse a algún medio de vida honrado.

No hay duda de que muchos sintieron compasión por ella, aunque el tribunal no pudo por menos de hallarla culpable; porque entre otras cosas, una de las pruebas atestiguada contra ella fue que después de apresada por Rackam, cuando llevaba algún tiempo a bordo, trabó éste casualmente conversación con Mary Read, a la que tomaba por un joven, y le preguntó qué placer podía encontrar metiéndose en tales empresas, donde su vida corría constantemente peligro por el fuego o la espada; y no sólo eso, sino que podía estar segura de que tendría una muerte ignominiosa si la apresaban viva. Ella contestó que en cuanto a morir en la horca no lo consideraba demasiado duro, porque si no fuera por eso todos los cobardes se harían piratas e infestarían los mares a tal extremo que los hombres de valor se morirían de hambre; que si se dejase a los piratas elegir castigo, no tendrían otro que la muerte, porque su miedo a ella mantendría honrados a algunos ladrones

cobardes; que muchos de los que ahora estafan a viudas y huérfanos y oprimen a sus vecinos pobres que no tienen dinero para obtener justicia saldrían a la mar a robar, con lo que el océano estaría lleno de ladrones como lo está la tierra, y ningún mercader se aventuraría a salir, y en poco tiempo no compensaría emprender comercio ninguno.

Comprendiendo que no tardaría en dar a luz, como se ha dicho, aplazaron su ejecución. Y es posible que hubiese encontrado favor, pero la acometió una fiebre violenta poco después del juicio, de la que murió en prisión.

FIN

